

AGUSTIN DE BETANCOURT O LA PERVIVENCIA DE UN HOMBRE

Por ALFONSO TRUJILLO RODRIGUEZ

Según informamos en otro lugar de este número, se han celebrado recientemente en la ciudad de Puerto de la Cruz, de Tenerife, unas jornadas de conmemoración del ciento cincuenta aniversario del nacimiento de su ilustre hijo e ingeniero Agustín de Betancourt. Por su gran interés, ofrecemos a continuación el artículo que ha sido galardonado con el primer premio del concurso periodístico nacional convocado con tal motivo por el Excmo. Ayuntamiento de dicha ciudad.

En el cementerio luterano de Smolenski, en Leningrado (San Petersburgo) hay una tumba de rara traza: sobre un elevado pedestal rematado lateralmente por pequeños frontones, se alza una columna toscana seguido su capitel por una sección de entablamento sobre el que se yergue un vaso griego identificable con un lékithos funerario. Realizado este sencillo —pero original— monumento en hierro, alcanza 6,85 metros de altura. En su lado sur —que debemos interpretar orientado hacia nuestro Archipiélago— lleva un epitafio latino cuya traducción viene a ser así: “Aquí yace / el noble y docto señor / Agustín de Betancourt, / nacido en las Islas Canarias en el año del Señor 1758 / y muerto en Petrópolis en el año del Señor 1824. / Caminante, reza por su salvación.”

Hay muchos kilómetros desde Leningrado a su tierra natal, el Puerto de la Cruz. Hay una larga andadura —Tenerife, Madrid, París, Londres, Rusia— desde su cuna hasta aquella sepultura. Y bajo ella, sesenta y seis años cargados de esfuerzo, de estudio autodidacta, de superación en el trabajo, de inventos, de máquinas y de sueños, pero sobre todo, de total entrega a una vocación exigente, de vida plena en contenido humano.

Van a cumplirse —el 14 de julio— ciento cincuenta años de la muerte de este canario ilustre, Agustín José Pedro del Carmen Domingo de Candelaria de Betancourt y Molina, según reza su partida de bautismo. Había nacido el 1 de febrero de 1758. Los sesenta y seis años de su vida siguen representando un ejemplar precioso, una lección permanente para otros hombres, para otras vidas. Siempre se ha hecho hincapié en los logros científicos y en la categoría de Ingeniero del Zar Alejandro que ostentó Agustín de Betancourt. Pero nos ocurre

que a veces solemos olvidarnos del hombre. Y todavía hoy conviene fijar la atención en el clásico principio de que “el hombre es la medida de todas las cosas”. No tiene sentido silenciarlo. El hombre que nos ha precedido, el que marcha codo a codo a nuestro lado, el que va en nosotros mismos, el que nos seguirá. Hay que insistir, por encima de partidismos e ideologías, en hacer bandera del antiguo enunciado: “Soy humano, y nada humano lo considero ajeno a mí”. De todos los -ismos, me quedo con el humanismo. Y aquí y ahora, al pensar en este hombre que nos precedió, me interesa, no ya sus inventos o sus máquinas, sino su proyección como tal hombre. Me importa antes que nada, de Agustín de Betancourt, su personalidad, su superación formativa, su entrega al trabajo y a los demás, la liberalidad de su pensamiento, su postura vital, sus sentimientos, y también su dolor y su soledad final. En definitiva, su biografía, pero más allá de la anécdota.

* * *

Pienso en su vida familiar durante los primeros años, en el Puerto, en La Orotava, en la Rambla. Su primer maestro fue su propio padre, el teniente coronel Agustín de Betancourt y Castro, y sus enseñanzas no se quedaron en las primeras letras, sino que conllevaron también una postura —aquella nobleza que tantas veces echamos de menos— ante la vida. Sin esta orientación paterna, creo que no podríamos comprender la trayectoria que el hombre había de seguir. De aquella primera enseñanza parte su entrega al trabajo en los Reales Estudios de San Isidro en Madrid y en la Academia de Bellas Artes, buscando la adquisición de conocimientos y formación para la vida, y no tanto el

título que le garantizase una situación económica ventajosa para la existencia. La "titulitis" sin base, lo que en ambientes estudiantiles sigue abundando tanto, expresado en aquello de que "con un aprobado me basta", desemboca en tantos profesionales perniciosos como estamos acostumbrados a contemplar —y sufrir— en cada actividad de nuestra sociedad.

Para Agustín de Betancourt, la cualificación fue siempre, en Madrid, en París, en Londres, en San Petersburgo, en Nizhni Nóvgorod, en Caucasia o en Crimea, una cuestión de conciencia respecto a lo que significa una obra "bien hecha", entregado en cuerpo y alma a cuanto había de estudiar, observar, planificar, realizar, tanto en su calidad de eterno estudioso como en los cargos que ostentaría de Director del Real Gabinete de Máquinas, Inspector General de Puentes y Caminos e Intendente de Carlos IV, al igual que en su puesto de Jefe del Instituto del Cuerpo de Ingenieros de Vías de Comunicación y otros cargos que desempeñó al servicio del Zar.

Así se explica que no se limitara a la simple labor directiva o de cerebro ordenador, sino que, tras haber logrado una formación integral en todos los aspectos de su actividad, superadas las posibles lagunas con un autodidactismo incansable, se sintiese tan a gusto entre los operarios ingleses, tratase de tú a tú todas las artes mecánicas, y superase a los obreros más diestros en el torno o en cualquier otro instrumento de ejecución laboral, sin repudiar jamás ningún trabajo, aun cuando no se despojase, al realizarlos, de sus formas aristocráticas por el tono dieciochesco de tener que ser "poli comme un grand seigneur". De ahí se explica que siempre defendiera a ultranza a sus subordinados, y que para ellos, como para los alumnos a los que dispensó su magisterio, fuese constantemente, más que un jefe, un compañero y amigo.

A este respecto conviene destacar su preocupación por los sistemas de enseñanza. El 27 de enero de 1792 se había constituido en Madrid una reunión general en la Academia de Bellas Artes para tratar de mejorar las técnicas didácticas, y en julio del mismo año fue elegido para formar parte de aquella comisión, en la que intervenía, asimismo, Goya. Betancourt dejó bien de manifiesto, por una parte, su idea de complementar en los estudios la teoría con la práctica, y, por otra, una defensa animosa en re-

lación a la libertad de elegir los métodos de enseñanza.

En San Petersburgo, cuando tras la muerte de Franz Pávlovich de Wolant, fue designado Director General del Departamento de Vías de Comunicación e Inspector del Instituto del mismo nombre, su primera preocupación fue la de organizar enseñanzas en orden a conseguir, además de ingenieros cualificados, un personal subalterno y auxiliares bien formados, estudios a los que se dio, por su intervención, acceso a estudiantes procedentes de clases sociales y militares tradicionalmente no privilegiadas. En tal sentido, cabe destacar el interés de Betancourt por la democratización de la enseñanza, y así comprendemos el gran dolor que le embargó el ánimo cuando, años más tarde, hacia 1823, el nuevo administrador general de aquel Instituto, el duque Alejandro de Wurtemberg, estableciera que sólo tendrían derecho a los estudios los nobles, e impusiera el pago de una matrícula de 1.200 rublos, con lo que solamente estarían al alcance de los ricos. Una manera bien clara, pues, de implantar una enseñanza clasista, estableciendo, además, una selectividad a favor de una élite privilegiada, decisión que hirió en lo más profundo a Betancourt y echó por tierra cuanto había organizado respecto a una enseñanza más universalista.

* * *

Desde los primeros momentos de su llegada a Rusia, su condición de extranjero en el que el Zar depositaba su confianza, despertó las envidias de los que, por sangre o cargo, formaban el grupo de los "situados". El General De Wolant se indignaba por la capacidad del "joven extranjero" y por el favor que le dispensaba Alejandro, considerándolo una ofensa "para los viejos generales del ejército ruso e ingenieros experimentados". Comenzó así la enfermedad de la maledicencia que acabaría por minarle el terreno a nuestro Betancourt. El propio Zar caería en las redes de aquella confabulación, negándole al final su favor personal, y llegando a decirle en enero de 1822: "No le culpo a usted, sino a mí mismo, de haberle asignado un puesto para el que usted no estaba dotado y al cual usted renuncia". Y todo ello porque nuestro ingeniero, manantial de inteligencia y apasionado por la ciencia, sencillo y desprovisto de artimañas, fue siempre enemigo de toda adulación, y tal vez le faltó el talento de descubrir la

hipocresía y la astucia que ponen en juego los que intentan medrar al lado de los poderosos.

Algo similar le había ocurrido anteriormente en España, causándole dificultades con el Príncipe de los Algarves, Godoy, porque jamás fue capaz de prestarse a su juego político. De ahí que no sólo viera paralizarse los proyectos que presentaba, obstaculizado por el mecanismo burocrático, sino que incluso, como le ocurriera a otra mente genial, Goya, se le considerara sospechoso de "liberalismo", y más aún, se le acusara ante la Inquisición como hereje por intentar "emplear la electricidad para enviar las palabras con la velocidad del rayo", "hostigado, mortificado y amenazado" por el Príncipe de la Paz, que le había declarado la guerra. Por ello, sin duda, surgió su decisión de establecerse definitivamente en Rusia, transformándose en un exiliado voluntario, e iniciando —hay que decirlo— la serie de cerebros "fugados" que tanto lamentamos continuamente, y cuya emigración no puede razonarse solamente por el subdesarrollo y la falta de medios para la investigación de que hemos adolecido históricamente.

* * *

No obstante, esta falta de calor y comprensión por parte de los responsables "oficiales", quedó compensada para Betancourt en el ámbito de los amigos y en el cariño familiar.

Fue objeto de sincera estima entre todos los científicos contemporáneos suyos que le trataron y conocieron sus proyectos, llamáranse Lagrange, Laplace, Lavoisier, Prony..., y entre cuantos colaboraron con él en Rusia. Víguel, que disfrutó de su amistad, diría que "como todas las gentes temperamentales, tenía buen corazón y carácter alegre", y que "era un manantial de inteligencia y de conversación amena". Pero, sin duda, de todos sus amigos destaca el suizo Abraham Louis Breguet, que se hizo famoso por sus innovaciones en relojería, y cuya amistad con Betancourt duraría toda la vida, llegando la mutua estima a poner en peligro en ocasiones incluso la propia seguridad personal.

Pero si tanto consuelo supuso para él la manera con que le acogían los amigos, el gran oasis en aquel desierto de trampas palaciegas, lo tuvo siempre en su familia. De su matrimonio con Ana Jourdan, inglesa, tuvo tres hijas, Carolina, Adelina y Matilde, y un varón, Alfonso, que al establecerse Betancourt en Rusia,

en 1808, contaba seis años. Ciertamente Víguel caracterizaba a su esposa como mujer vanidosa. Tal vez aquel destierro no le agradara excesivamente. "Por suerte —añade—, las hijas no se parecían en nada a Ana Ivánovna, sino al padre, Avgustin Avgustínovich." A renglón seguido hace una sincera alabanza de las buenas cualidades de las hijas, que tenían la palabra "impregnada de gracia espiritual e intelectual", y agrega: "Así, ¿podía asombrar el cariño ilimitado que les prodigaba su padre?" Lógicamente, Alfonso fue objeto de una atención especial, enviándolo a estudiar a Inglaterra, y luego llevándolo consigo en sus desplazamientos por Rusia.

Cuando en 1823, cansado ya por el acoso de las rencillas envidiosas, recibiese en Nizhni Nóvgorod la noticia de la muerte de su hija Carolina, caería sobre él el golpe moral definitivo. De esta manera, unido a ello una dolorosa enfermedad física, el 4 de febrero de 1824 presentaba la dimisión de todos sus cargos, y algunos meses después, el 14 de julio, dejaba de existir "en medio de una familia desesperada" —escribe en sus "Memorias" el también exiliado Juan van Halen— y "rodeado de amigos, que lloraban su pérdida". Pocos días antes había tenido el consuelo compensatorio de recibir una carta del Zar, en la que testimoniaba su aprecio y le garantizaba la seguridad futura de su familia.

En el cementerio de Smolenski, como un símbolo de toda su vida, a un lado de su tumba, se encuentra la sepultura de su hija Carolina, y muy cerca, la del científico Euler.

* * *

Así pervive este canario y portuense universal, y su vida sigue teniendo, como un paradigma, validez en nuestros días, a ciento cincuenta años de haber fallecido. Sebastián Padrón Acosta, ante uno de sus retratos, nos lo describía así: "De regular estatura, de ojos pensativos, un tanto calvo, de finas maneras, de expresión melancólica... El aire de toda su persona revela distinción."

Por su amor al trabajo, por la liberalidad de su mente que preanunciaba aperturismo, por la democratización de la enseñanza, por la responsabilidad en la obra bien hecha, por su humanismo, por su entrega a la amistad y al cariño, "Caminante, reza por su salvación", que puede ser la tuya.